

PRESENTACION

P. Rodrigo Sánchez Arjona, s. j.

Para presentar las acciones culturales de Religión Natural, que todavía persisten entre nuestros campesinos de los Andes, me ha parecido bien, recordar algunas ideas sobre estas Religiones Naturales.

Si alguno desea una mayor precisión sobre uno y otro punto, le remito a la inmensa literatura, que hoy tenemos sobre la materia.

Debemos recordar ante todo que el fenómeno religioso apareció en la tierra, desde que el hombre habita en ella. Y este fenómeno religioso, que consiste en una cierta relación del hombre con Dios lo encontramos en primer lugar al nivel de las Religiones Naturales.

Cuando uno analiza atentamente el fenómeno religioso en estas Religiones Naturales, encontrará fácilmente estas características: Una experiencia de un algo, que no se hace presente al hombre sensiblemente, que está escondido tras un símbolo; la experiencia tenida engendra una serie de actitudes externas y un comportamiento determinado, por lo menos como ideal, a lo largo de la vida.

Hay dos vertientes: Una experiencia subjetiva del hombre o del grupo, y unas manifestaciones externas, como resultado de esa experiencia.

Estas dos vertientes forman los dos aspectos de la Religión: El subjetivo, que consiste en la captación vivencial de la presencia de lo divino en la conciencia humana; y el objetivo, que está formado por el conjunto de objetos, acciones y normas morales brotadas de ese encuentro vivencial.

La Religión considerada desde el punto de vista subjetivo:

Han existido hombres en todas las épocas, que al buscar un sentido a su existencia monótona y salvación para su ser contingente, han tenido la vivencia, que le sale al encuentro un "Algo Otro" distinto de todo lo de aquí, lo cual da sentido a la vida y ofrece salvación al hombre.

Esta vivencia no es fruto de un largo y pesado esfuerzo de la mente humana, sino de una intuición chispeante y momentánea. A ese "Algo Otro" lo llaman los especialistas en las ciencias de las Religiones "lo Sagrado" o "Numinoso".

Lo Sagrado para el hombre religioso es algo extraño y a la vez próximo y ardientemente deseado, porque su manifestación produce en el corazón del hombre pavor y a la vez atracción fascinante.

Esta experiencia religiosa viene acompañada de una certeza absoluta de que lo Sagrado ha dado alcance al hombre. Este hombre así tocado por lo Sagrado tiene la convicción profunda, de que Alguien, totalmente distinto de todo lo conocido aquí, se le ha mostrado, y que por lo tanto la vivencia religiosa tenida no es una creación propia, ni una mera ilusión.

Pero esta manifestación de lo Sagrado o Hierofanía se realiza a través de una realidad (hombre, animal, cosa, acción, etc., etc.) visible, mundana, de aquí... De pronto esa realidad mundana se hace transparente, y por ella el Invisible, el Oculto se manifiesta al hombre religioso. Esta realidad mundana ha llegado a ser un símbolo de lo Sagrado.

El conocimiento por el símbolo en el espíritu humano produce un relámpago, un encuentro, y lo Sagrado se entrega al hombre religioso mediante una iluminación captada por la intuición. El símbolo desaparece de la vista del hombre, y sólo capta la presencia de lo Sagrado.

Cuando una realidad mundana llega a ser símbolo de lo Sagrado, se convierte en un ventanal por donde el hombre contempla a la divinidad.

Por el hecho de que lo Sagrado se asoma por un objeto de aquí, el objeto queda sacralizado, viene a ser una sacralidad; aunque siga perteneciendo a su mundo de antes, y siendo lo que era, pero a la vez es una flecha hacia lo trascendente.

La Religión considerada desde el punto de vista objetivo:

Todo ese conjunto, casi infinito, de realidades mundanas, por donde lo Sagrado se ha manifestado, todos los símbolos religiosos forman la Religión objetiva.

Aquí entran toda clase de objetos naturales o fabricados por la mano del hombre, los animales, las personas humanas, y todas aquellas creaciones casi infinitas del hombre en orden a expresar sus vivencias religiosas: libros rituales, imágenes, templos, normas morales, etc., etc.

Si la Religión es la relación de dos mundos a través de objetos materiales, es claro, que esta relación debe dejar huella en el mundo de aquí.

Por tratarse de una presentación de las acciones culturales de nuestros campesinos a nivel de Religión Natural, me parece oportuno recordar el valor simbólico de algunas sacralidades y del culto en las Religiones Naturales.

El Sol ha ocupado un puesto de excepción entre los Incas, y es lógico que siga siendo una sacralidad para nuestros campesinos. El Sol se nos presenta como la luz que disipa las tinieblas, que horrorizan, y en este sentido es el símbolo de Dios, que ilumina la mente humana para proceder con cordura, con sabiduría, Por otra parte el Sol es el principio, que da vida a todo, y pone de manifiesta a Dios fuente de vida.

La Piedra está cargada de un valor hierofánico de múltiples vertientes: Traduce una plenitud de ser, que admira al hombre sujeto a la contingencia más aterradora. Las dimensiones gigantes de muchas de las rocas, manifiestan la presencia de algo, que impone, atrae y amenaza... La majestuosidad de las rocas colgando de los montes trasparenta la Majestad de lo Sagrado.

El Monte coronado de nieve o el cráter de un volcán ha estremecido siempre a los hombres religiosos. Parece como si la tierra al elevarse hasta el cielo viviese... El Monte siempre ha evocado en las profundidades religiosas del hombre multitud de combinaciones simbólicas, que llevan a la mente humana hasta la trascendencia. En todas partes, los altos Montes han sido morada de los dioses, o lugares prestigiosos para las teofanías.

Por último, recordamos el simbolismo de la tierra, "La Madre Tierra". La Tierra en muchas de las Religiones naturales es considerada como matriz de la vida, seno inagotable, fuente insondable de existencia. Es la tierra un símbolo religioso fundamental. Su visibilidad es como un trampolín para la invisible, y su presencia acerca al ausente. Su fecundidad inagotable, a la vez, que ha llevado a muchos hombres a ver a través de ella la providencia del Creador, ha conducido en la mentalidad politeísta a divinizarla. Y de ahí han venido el culto a la diosa de la cosecha, y el culto a la Madre Tierra.

A través de ésto y otros símbolos cósmicos los hombres de las Religiones Naturales se han puesto en contacto con el Dios vivo. No creo decir con esto nada nuevo, pues el Antiguo Testamento hace constar, que hombres, que no pertenecieron a Israel, conocieron y reverenciaron al Dios verdadero.

Así Noé, levantando un altar después del diluvio, ofreció a Dios un sacrificio agradable; así Henoch, que caminó delante de Dios y le agradó. De la misma manera Melquisedech, del cual dice la Escritura, que era Sacerdote del Dios Altísimo, es decir, del Dios Trascendente.

Pero donde lleva a su cumbre el comercio dinámico del hombre con lo Sagrado, ha sido, en todas las Religiones, en el Culto.

El Culto en las Religiones Naturales:

Comencemos por decir, que el Culto en las Religiones Naturales celebra la Fidelidad del Dios Creador en el ciclo constante de las estaciones, en su acción creadora y providente.

El culto es el encuentro de una comunidad reunida en un espacio y tiempo determinado con la divinidad, cuyas acciones benéficas y salvadoras se hacen presentes a la comunidad a través de la acción cultural.

Toda acción cultural está compuesta del Mito y del Rito.

El mito es Palabra Religiosa. Esta Palabra es manifestación, pero manifestación activa y creadora. Al pronunciarse la Palabra se pone en movimiento las fuerzas divinas, que traen la salvación a la comunidad.

Dejando de lado todo el problema gnoseológico del Mito, recordemos sólo que el Mito va a dar una respuesta a las cuestiones más profundas y vitales de un grupo humano, y que el Mito ha brotado de intuiciones de grandes videntes, que han captado certeramente el sentido profundo de las realidades últimas.

El Mito narra las acciones originarias de la divinidad en los tiempos míticos. El Mito tiene como tema fundamental los orígenes del mundo, del hombre o de la tribu. Estos orígenes fueron realizados por los dioses en un tiempo fuera del tiempo, *in illo tempore*. Estas acciones creativas de los dioses nos la narra el mito, y a la vez nos las hace presentes, ya que es palabra activa y creadora. Pero la hacen presentes sacando a la comunidad del tiempo cotidiano, para proyectarla hacia el tiempo primordial, cuando sucedieron estos acontecimientos creadores.

La Comunidad en el culto trasciende el tiempo y el espacio, para CELEBRAR, FESTEJAR aquellas acciones magníficas de la divinidad...

Como se ve la Palabra Religiosa alcanza en el Mito una densidad extraordinaria. Pero esto con la condición de no separar el Mito de la acción cultural. Pues de suyo el Mito no se pronuncia sino en el momento cultural. Un mito leído es un mito medio muerto. Pues el mito llega a su máxima densidad de significación, cuando es pronunciado en la acción sagrada.

De aquí hemos de deducir, que el mito, la narración mítica ante todo se vive, pues narrando determinados hombres en medio de la acción cultural lo que los dioses hicieron, hacen presentes aquellos actos originarios. Y en esto consiste la celebración y el paso de la palabra al rito o a la acción cultural.

El rito es una acción en la cual el hombre se siente repitiendo fielmente las obras de la divinidad. El rito está compuesto de acciones y gestos, y por ellos se introducen en medio de la comunidad el poder y la fuerza de lo divino.

En las Sacralidades compuestas por objetos se nos manifiesta lo sagrado de modo estático, a través de la acción cultural se nos manifiesta lo sagrado trayendo la salvación a la comunidad. Por tanto la acción cultural se mantiene en el nivel del símbolo, y por ella se contempla a lo Sagrado en su acción benéfica en favor de la Comunidad. La acción cultural representa, hace presentes, sensibiliza las acciones divinas. Si el objeto sacralizado nos ponía ante Dios, la acción cultural nos sumerge en la acción misma de Dios.

Si veíamos que las cosas que se hacían símbolo de lo divino eran casi infinitas, lo mismo podemos decir de la variedad de los ritos culturales.

Debido al deseo de no alargar demasiado esta presentación me voy a limitar tan sólo al sacrificio.

Si la Religión es la relación con lo Sagrado por medio de su manifestación a través de las sacralidades, el Sacrificio es el grado más eminente de esta relación, ya que tiene por objeto la intimidad más profunda posible con la divinidad.

Según los especialistas en las ciencias de la Religión el sacrificio tiene tres momentos: La entrega del don, la consagración y la aceptación. A estos tres momentos corresponden tres acciones culturales: la preparación del objeto, la consagración, y el banquete sagrado.

Nos encontramos con la cumbre de la Religión, es decir, la intimidad con la divinidad, lo cual se manifiesta culturalmente por el banquete sagrado. Lo decisivo para comprender la esencia del sacrificio es el símbolo del banquete.

Pero esta intimidad con lo divino el hombre religioso la busca, para manifestar a sus dioses una variada gama de sentimientos: adoración, gratitud, petición, y expiación de los pecados.

En el sacrificio aparece más nítidamente ese deseo del espíritu humano por elevarse hacia lo trascendente, de donde vislumbra que le viene el impulso vital. Por esta razón ante la aparición de la nueva vida en la cosecha o en el nacimiento, el hombre religioso busca manifestar sus sentimientos de gratitud, pues piensa que todo viene de lo divino en última instancia.

Pero si penetramos más profundamente en los sentimientos del hombre religioso de todos los tiempos advertiremos, que la motivación más profunda del sacrificio es el amor, la fascinación que lo Sagrado ha ejercido sobre él.

No podíamos terminar estas breves notas, sin hacer mención de la **Fiesta Religiosa**, pues ella sólo es una consecuencia clara de todo lo explicado hasta ahora del culto.

El hombre lleva una ansia de felicidad inagotable, que no puede ser saciada con la cotidianidad del tiempo presente. Por eso el hombre religioso ansía volar hacia los tiempos míticos, y beber a raudales de la fuente del ser y de la vida... De este contacto con el SER brota el júbilo, y la alegría.

El trabajo cotidiano, en general pesado, aburrido y monótono, nos aparta de lo que anhelamos ser, pero la fiesta proyecta al hombre a través del culto al encuentro de lo que anhela ser, de ahí el ambiente festivo de la misma.

Esto lo han vivido de mil maneras, pero con una intensidad parecida los millones de hombres, que supieron o saben todavía participar de una fiesta religiosa.

La fiesta religiosa tuvo su origen en los fenómenos de la naturaleza tanto en los pueblos ganaderos, como en los pueblos agrícolas. Los pastores celebrarán la aparición del primer cordero, los pueblos agrícolas celebran principalmente la sementera y la cosecha...

Reflexiones sobre las fiestas de nuestros campesinos:

Cualquiera que lea despacio las diversas acciones culturales, que se publican en este número de nuestra Revista, verá, que lo religioso está en parte mezclado con ritos mágicos y supersticiosos. Pero afirmar, como se suele hacer con frecuencia, que estas acciones culturales carecen de valores auténticamente religiosos, y que en bloque deben ser rechazadas, es otra cosa muy diferente.

Hoy defienden algunos teólogos católicos, que ritos aparentemente supersticiosos o mágicos, tienen en realidad de verdad un valor religioso, para los que los practican.

Pongamos el caso de la libación de agua sobre la tierra. El hecho de derramar el agua sobre la tierra es una imitación de la lluvia, y tiene como finalidad provocar la lluvia.

Este rito ha sido interpretado por algunos como magia, pues en realidad se rinde culto a los poderes demoníacos, y éstos serían los que producen la lluvia.

Pero hay otra explicación religiosa. El rito que imita la realidad, que se desea conseguir, es la manifestación por símbolos de la certeza del hombre, de que todo el mundo está gobernado por Dios, por el Dios vivo. De esta manera el rito sería la expresión de la creencia en la intervención de Dios en la vida del cosmos, y en la vida del hombre. Lo cual es profundamente religioso, pues es religioso pedir a Dios, que manifieste su providencia a través de los fenómenos naturales.

Esto nos indica, que hemos de proceder con mucha cautela, cuando queremos dar un juicio serio sobre las fiestas religiosas de nuestros campesinos.

Pues lo que es religioso debería ser conservado, para incorporarlo a la liturgia cristiana, como lo aconseja el Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Liturgia (n. 40).

La gracia no destruye la naturaleza, sino que la desarrolla; las religiones naturales son purificadas y transformadas por la gracia de Cristo, pero no son destruidas.

Y por esto la Iglesia se encuentra siempre en estado de transformación, de purificación, y de elevación.

Esta verdad teológica es la que nos debe llevar a una gran comprensión ante ciertas formas de cristianismo, muy mezcladas a veces de elementos paganos.

El pretender un cristianismo totalmente purificado sería excluir de la Iglesia a la mayoría de los hombres. Y Cristo vino precisamente para reunir en un pueblo a todos los hijos de Dios dispersos por el mundo. Vino a buscar a los "pobres", y entiendo por pobre a todas las clases de pobres. Cristo buscaba a los pobres, a los que sabían, que no pueden llegar hasta Dios, porque sus cualidades humanas eran muy débiles. Estos pobres dan a Cristo lo poco que tienen. Pero ese poco ya sirve para mucho delante de Cristo el Salvador. Y si quisiéramos excluir de la Iglesia, como hoy defienden algunos, a todos los no "comprometidos", la Iglesia quedaría reducida a los héroes, a los santos, a los puros, y tal vez a los fariseos... Pero la Iglesia dejaría de ser la Iglesia de los Pobres.

Pienso, que el I.P.A. a partir de la publicación de este número de la Revista debería intensificar su trabajo, para descubrir los elementos religiosos de estos ritos, a fin de incorporarlos a la Liturgia Católica. Pues la Fe Cristiana al llevar a la cumbre la religiosidad natural es susceptible de ser manifestada en todas las diversidades religiosas del mundo.

En el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia el Concilio Vaticano II nos habla de esta diversidad en la Unidad. Terminemos estas notas de presentación con las palabras del Concilio: "La semilla que es la Palabra de Dios, al germinar, absorbe el jugo de la tierra buena, regada con el rocío celestial, lo transforma y se lo asimila para dar al fin fruto abundante. Ciertamente a semejanza del plan de la Encarnación, las Iglesias jóvenes, radicadas en Cristo y edificadas sobre el fundamento de los Apóstoles, toman en intercambio admirable todas las riquezas de las naciones, que han sido dadas a Cristo en herencia (Ps. 2, 8). Ellas reciben de las costumbres y tradiciones, de la sabiduría y doctrina, de las artes e instituciones de los pueblos todo lo que puede servir para expresar la Gloria del Creador, para explicar la gracia del Salvador, y para ordenar debidamente la vida cristiana". (n. 22).